

EL MEJOR LUGAR

Por MARIA BRANCH

LAURA URBINA y su madre lavaron los platos en silencio. Cuando terminaron, y la piletta quedó limpia, la Sra. Urbina dijo:

-¿Qué te pasa, Laura? Quizás pueda ayudarte.

A Laura le costó sonreír.

-Tú no puedes; cada año pasa lo mismo. Las chicas en la escuela hablan de sus vacaciones y de todos los lugares interesantes a donde han ido, y yo no hago más que escuchar.

El rostro de su madre se entristeció.

-Lo siento Laura. Ojalá ganara bastante dinero para hacer todas las cosas que tú quieres.

Laura la abrazó.

-¡No es eso realmente, mamá! Yo lo quiero para ti también; así no tendrías que pasar la única semana libre que tienes en esta misma casita.

-Me parece que a mí me gusta nuestra casa porque papá la compró para nosotros. Desde que él tuvo el accidente me gusta aún más. Pero, claro que sería lindo si pudiéramos salir a lo menos por unos días - dijo hundiéndose en una silla y echando la cabeza hacia atrás.

Laura echó una mirada a la habitación.

-Hasta estoy cansada de ver las mismas cortinas. Si Dorotea Martín vuelve a jactarse de que su tía rica la llevará a Europa, creo que no podré aguantarlo. ¡Todo el mundo en la escuela ha oído hablar de su tía, y estamos hartos de eso!

Su madre tomó una Biblia de la mesa que tenía al lado.

-Leamos un poquito; luego nos acostaremos. Mañana te sentirás diferente.

-Yo no estoy... -comenzó a decir "celosa", pero lo pensó mejor. No importa cómo lo llamara, pero a veces se sentía como encarcelada en ¡la misma casa de siempre! Le hubiera gustado salir a cualquier parte, con tal de salir.

A la mañana siguiente en verdad que se sentía mejor. Pero en cuanto llegó a la escuela, se le recordó de nuevo que alguien había tenido vacaciones maravillosas fuera de la casa.

-¿Sabes? -le dijo Dorotea al saludarla-. Tía Clorinda está en la ciudad, e iré a verla esta tarde.

Laura se sonrió para sus adentros.

-Si es una tía tan querida, ¿cómo es que no está parando con Uds.? -le preguntó.

Dorotea se quitó el cabello que le venía a los ojos.

-Oh, ella está acostumbrada a departamentos tan elegantes que no sabría cómo actuar en una casa.



Laura pensó que eso era el colmo. ¡Imagínense, viviendo siempre en departamentos y viajando por todas partes!

-Ven conmigo a ver a mi tía Clorinda -le dijo Dorotea cuando terminaron las clases.

-Tendré que hablarle por teléfono a mamá. Yo no sé si a tu tía le gustará que vaya contigo cuando vas a visitarla.

-¡Oh, estará encantada! A ella le gustan las visitas.

Laura pensó un rato.

-Yo llamaré por teléfono a mamá y tú tendrás que llamar a tu tía y preguntarle si está bien que me lleves.

Después de hacer las dos llamadas telefónicas y de arreglar todo, las dos chicas salieron caminando hacia el hotel más grande, que estaba en el centro. La alfombra del vestíbulo de entrada era roja, y los picaportes de las puertas y todos los otros adornos de metal, eran de un color oro brillante. Había una especie de elegancia silenciosa que Laura nunca antes había visto.

Se dirigieron a los ascensores, y un hombre vestido con un traje del mismo color rojo, con hombreras doradas y una raya a los lados del pantalón, completaban el efecto.

Cuando el ascensor se detuvo, salieron y caminaron por un vestíbulo largo. El sonido de las pisadas de las niñas se apagaba en las alfombras gruesas y el vestíbulo parecía interminable.

Finalmente Dorotea se detuvo delante de una puerta.

-Este es el departamento -susurró, y luego llamó.

La puerta se abrió casi inmediatamente y un par de brazos delgados parecieron apoderarse de Dorotea.

- ¡Tú, mi querida! ¡Qué amable eres de venir a visitar a tu tía!

Laura la siguió hasta la habitación. Dorotea se escabulló de los brazos de su tía.

-Quiero presentarte a mi amiga -dijo dirigiéndose a Laura.

Laura procuró no mirar descaradamente. La tía Clorinda se parecía a algo que había visto en una película de fantasía. Tenía bastante edad, pero se había compuesto la cara con varias capas de cosméticos de color. Tenía la boca bordeada por labios arrugados, con arruguitas verticales sobre las cuales se había deslizado un brillante lápiz labial. Mechones de cabello azulado le enmarcaban el rostro y se enredaban en los aretes enormes que le colgaban de los lóbulos de las orejas.

La mujer le tendió la mano y Laura le tendió la suya. Entonces sintió el frío metal de los anillos, y oyó el retintín de muchos brazaletes que le adornaban la muñeca.

-Me alegro mucho de que hayas venido con mi querida sobrina. ¿No van a sentarse? He pedido torta y helado.

Laura se sentó en una silla grande.

-Gracias.

Su propia voz le sonó como si hubiera salido de debajo de la silla grande en que estaba sentada.

Dorotea se sentó en otra silla, y su tía se encaramó en una tercera de asiento recto, cruzó las piernas, se tironó la pollera corta, y comenzó a hablar como un papagayo. Al rato un mozo trajo un carrito y les

sirvió helado y torta.

La tía de Dorotea comenzó a hablar del viaje que estaban planeando.

-Iremos a París, a Roma, a Venecia. ¡Oh, nos divertiremos mucho! ¿No es cierto, querida?

Dorotea asintió con la cabeza y siguió comiendo la torta. Cuando las dos terminaron, Laura dijo:

-Creo que es tiempo de irnos a casa. Gracias.

-¡Oh, pero no van a irse ya! ¡Si apenas llegaron!

La tía Clorinda revolteó alrededor de la habitación, como si hubiera tratado de encontrar alguna nueva atracción para retenerlas.

-¿Podemos ver tus vestidos? -preguntó Dorotea.

Su tía casi se puso a saltar.

-¡Por supuesto! -respondió, conduciéndolas al dormitorio. ¡Qué habitación hermosa! Tenía una alfombra blanca, que llegaba hasta las paredes, de las cuales pendían cuadros que no decían nada. Una cubrecama de color púrpura llegaba hasta la alfombra blanca. La mesa de tocador estaba cargada de cosméticos.

La tía Clorinda abrió la puerta del clóset. Un tumulto de colores llenaba el estrecho lugar. Vestidos, trajes y sacos de diferentes materiales colgaban de la barra, y cada rincón estaba atestado de muchos zapatos y sombreros. Y allí olía como si alguien hubiera derramado una botella de perfume.

Dorotea pasó la mano rozando los vestidos, como si los hubiera estado acariciando.

-¡Oh, son tan bonitos!

La tía Clorinda tomó rápidamente la mano de Dorotea, le pasó la suya por la palma y le sonrió.

-No queremos tocarlos si tenemos las manos pegajosas de helado, ¿no es cierto?

Dorotea apretó las manos contra su falda.

-No tía Clorinda, yo no tenía las manos pegajosas.

Antes de que Laura se diera cuenta de lo que ocurría, ella y Dorotea fueron conducidas a un cuarto de baño blanco y estéril, y se les lavó las manos como a nenitas de dos años. Laura echó una mirada a su imagen en el espejo de cuerpo entero para ver si no se había encogido. La verdad era que se *sentía* más pequeña.

Finalmente se hallaron fuera de la puerta, en el enorme vestíbulo, y llegaron al ascensor. Allí fueron como quien dice arrojadas a la calle por la puerta giratoria. Caminaron en silencio y Laura se esforzó por decir algo bueno respecto de la tía Clorinda.

-¿No es cierto que es fabulosa? -dijo Dorotea después de haber caminado toda una cuadra.

Laura hizo una profunda inspiración.

-¡Sí! ¡Oh, sí!

A pesar del esfuerzo que hizo por poner entusiasmo en lo que decía, sus palabras sonaron como una débil alabanza.

-Me alegro de que puedas viajar con ella a Europa -le dijo sonriente Laura al despedirse de su compañera.

Y realmente lo pensaba.

Laura casi corrió el resto del camino a la casa. Su mamá estaba preparando la cena. Laura se detuvo por un momento y miró detenidamente la cocinita, y a su madre, que estaba junto a la pileta.

-¡Mamá, no tienes ni una idea de cuán hermosa y linda me parece tu cara limpia! -exclamó Laura.

Su madre se rió.

-Parece que estás de otro humor. Tengo algunas noticias que te ayudarán a mantenerte así. El supervisor donde trabajo nos prestará este verano por unos días la cabina que tiene en la playa.

Laura saltó por la habitación.

-¡Eso es grande! Pero, sinceramente, mamá, yo pienso que este lugar, aquí donde estoy parada, ¡es el mejor lugar del mundo!